



Quiero comenzar leyendo el fragmento de un texto literario titulado "La enfermedad como casa", de Arnoldo Graus: "La enfermedad como tal no es, por supuesto, una casa, pero sí un espacio donde el tiempo adoquina algunas porciones del mundo externo y traza no pocos cimientos de los mundos internos del doctor y de quien sufre. La enfermedad es resguardo, tiempo e invención. En sus habitaciones todo se permite, todo se puede. Testigos sólidos de los vaivenes del lenguaje y de los sitios donde la saga se convierte en ventanas, pisos, duelas, manijas y telas son las paredes de los consultorios. Paredes que, si pudiesen escarbarse, revelarían un sinfín de ideas, de sentimientos y de historias.

"La enfermedad tampoco es escritura, pero sí abono perenne, donde dolor, miedo, desasosiego y esperanza son tinta suficiente para inventar una vida, para recrear una muerte, para nacer de nuevo. El pathos es, en ocasiones, santuario para propiciar la reflexión y para permitir que lo perdido y lo recuperado se escriba con tiento, con la luz que emana cuando el dolor cede y con las preguntas que siembra la enfermedad. Con el tiempo se aprende que la piel del paciente es irremplazable, que los guiños son diagnósticos y que los silencios dicen mucho. La tecnología nunca entenderá el idioma de los tumores ni el significado de los diagnósticos. La tecnología es muda. Las palabras son piel y son lenguaje."¹

¹ Tomado de "La enfermedad como casa y escritura", de Arnoldo Kraus, en *La Jornada semanal*. Domingo 8 de octubre de 2006, número 605.

EL IMAGINARIO SOCIAL

La enfermedad ha acompañado al hombre desde siempre, pero no ha significado lo mismo. Las diferencias de significado están dadas por el contexto histórico y cultural de cada grupo humano, de cada sociedad. La pregunta es, tomando en cuenta dichas diferencias, ¿qué significa la enfermedad? ¿Qué es lo que la gente a lo largo de la historia y en diferentes latitudes ha imaginado de la enfermedad?

Para responder a lo anterior partiré de la exposición del concepto de imaginario social. En el sentido estricto del concepto, todas las ideas surgen del imaginario ya que son producto de la inventiva humana y tienen la función de dar sentido a la realidad, interpretar lo objetivo, es decir, interiorizarlo. El concepto surge del psicoanálisis y atraviesa el pensamiento estructural de la segunda mitad del siglo xx, pasando por Jacques Lacan, Louis Althusser y Cornelius Castoriadis, entre otros.

El imaginario social es un flujo constante de ideas, un magma que significa la realidad de acuerdo con un contexto histórico y social determinado y requiere de emociones, voluntades y sentimientos.

Las ideas surgidas del imaginario se construyen socialmente en la vida cotidiana por medio de la interacción. Un elemento muy importante en la construcción social de la realidad es el lenguaje. Los imaginarios entendidos como ideas que dan sentido a la realidad están presentes en los discursos. Se construyen en ellos y se transmiten a partir de ellos. Parte de la forma de cómo construimos el mundo en común consiste literalmente en imaginarlo de determinados modos.

La idea de la muerte, por ejemplo, se relaciona con la salud, la enfermedad, la vida. Esta idea y los imaginarios en torno a ella serán parte de la red de significados de las enfermedades. No serán construidos de igual manera los significados de una enfermedad mortal, que de una no mortal. No significará lo mismo para una sociedad tener un resfriado que tener cáncer o sufrir un infarto.

EL IMAGINARIO Y LAS ENFERMEDADES

Con base en lo anterior, podemos relacionar el concepto de imaginario social con el de enfermedad, tomando como ejemplo el trabajo de tres autores: Henry Sigerist, Michel Foucault y Susan Sontag.

El primero, Henry Sigerist, en su libro *Civilización y enfermedad*, hace una descripción y un análisis de las relaciones entre la enfermedad y las diferentes esferas

culturales como la religión, el arte y la literatura. Me enfocaré en la relación entre enfermedad y arte.

La existencia de objetos artísticos nos permite acercarnos a las formas de concebir la enfermedad y a las ideas que giran en torno a determinadas enfermedades o hechos sociales que son considerados como tales. Por ejemplo, los exorcismos representados desde la Edad Media en escenas dramáticas de espíritus malignos abandonando los cuerpos. El exorcismo era visto como cura de los demoníacos por Cristo o los santos. El que efectuaba la curación era representado en el momento de poner su mano sobre el enfermo mientras pronunciaba las palabras mágicas. Los enfermos mentales, cuyos ataques de furia eran interpretados como presencia demoníaca, eran atados, encadenados o sujetos por varias personas y así era como los artistas los representaban. En un fresco del siglo xiv, San Benedicto flagela a un monje poseído para que arroje el espíritu del mal. A veces se indicaba el momento de la cura representando al demonio saliendo por la boca o por la cabeza del poseído, generalmente acompañado por contorsiones violentas de la víctima, claras señales de que los que eran considerados poseídos padecían algún tipo de afección mental como la epilepsia.

Junto con la enfermedad mental, la lepra y la peste han sido las enfermedades representadas con más frecuencia por los artistas. La lepra, que fue socialmente significada como maldición, podredumbre y horror era representada de la misma manera por los artistas. La peste también fue entendida y significada como maldición y peligro de contagio. Se evitaba a toda costa tener contacto con los enfermos, con los apestados. Lo que sobresale en las obras que representan esta enfermedad es la presencia de multitudes, de gente muriéndose en las calles mientras los sanos huyen del contagio. La peste tuvo un gran impacto social, por lo que las representaciones artísticas de esta enfermedad fueron muy numerosas, ya que, además de los artistas, la gente común ofrecía votos para mantener la salud o curarse de la enfermedad. Es por esto que existen templos dedicados a San Sebastián o San Roque o Santa María de la Salute en Venecia, y las llamadas columnas de la peste, Pestsäulen en Austria.

El segundo autor del que voy a hablar es Michel Foucault y me voy a enfocar en una de las tres figuras que forman lo que él llama la *genealogía de la anomalía*, que en otras palabras es el surgimiento del concepto de anormal. Estas tres figuras son el *monstruo*, el *individuo a corregir* y el *onanista*. La figura en la que me centraré es la del *monstruo*.

¿Qué es el monstruo? El marco de referencia de esta figura es la ley, porque el monstruo es la infracción

llevada a su punto máximo. Es un fenómeno extremo y extremadamente raro que combina lo imposible y lo prohibido. "La propiedad del monstruo consiste en afirmarse como tal, explicar en sí mismo todas las desviaciones que puedan derivar de él, pero ser en sí mismo ininteligible."² Hay monstruosidad cuando el desorden de la ley natural transgrede el derecho civil, canónico y religioso. Esto es lo que diferencia a un lisiado de un monstruo.

Desde la Edad Media hasta el siglo XVII, el monstruo es entendido como mezcla. En la fantasía, se mezclan el reino animal y el reino humano dando origen a monstruos con cuerpo de hombre y cabeza de buey, por ejemplo, entendido como resultado del acto perverso de la relación sexual entre estas dos especies. Hay que tener claro que estas ideas que nosotros podemos entender como fantásticas, en aquellos tiempos existían como posibles realidades.

En la esfera de la realidad, otras mezclas dan origen a los monstruos: la de la vida y la muerte, la mezcla de formas, la de dos individuos y la mezcla de los dos sexos. Hablaré de las dos últimas figuras.

A los gemelos unidos se les nombró siameses y fueron concebidos como un monstruo de dos cuerpos o dos cabezas. Durante el Renacimiento y parte de la época clásica, se privilegió a esta figura dentro de la literatura. Uno que es dos, dos que son uno. No se entendía como enfermedad o lesión, sino como una cuestión religiosa y jurídica. De hecho se llegó a pensar que esta división de cuerpos tenía relación con la división de religiones, como en el caso de unas siamesas que, luego de que la primera de ellas fue bautizada, murió la segunda, a lo que se respondió que fue consecuencia del protestantismo de ésta.

Los problemas derivados del nacimiento de un siamés eran la decisión de hacer un bautismo o dos y la interrogante de si se había dado a luz a un hijo o dos.

Foucault habla de una historia registrada en 1724 en París, de dos hermanos siameses, uno de los cuales había matado a un hombre y el problema era saber si se debía ejecutar a uno o a los dos, ya que de cualquier manera al ejecutar al que había cometido el crimen, el inocente moriría.

De igual manera surgían polémicas al referirse a los llamados monstruos de dos sexos, hermafroditas o lo que ahora se nombra como intersexuales. Esta figura cobra auge a finales del siglo XVIII y principios

² Foucault, Michel, *Los anormales*, FCE. Edición 2da, México, 2001, pp. 61-82.

del XIX, pero ya desde la Edad Media se les catalogaba como monstruos. No se sabía si había que tratarse como hombre o mujer y tampoco si se le debía permitir casarse y con quien. Durante la Edad Media y hasta el siglo XVI, se les ejecutaba y se les quemaba, y sus cenizas se lanzaban al viento, esto sólo por el hecho de ser hermafroditas, sin ninguna relación con el comportamiento. Foucault relata el caso de Antide Collas que al ser denunciado fue visitado por tres médicos que concluyeron que poseía los dos sexos y que esto era posible por haber tenido relaciones sexuales con Satán, así que, después de ser atormentado, Collas confesó su supuesto crimen y pecado y fue ejecutado a la manera tradicional.

A partir del siglo XVII, la condena no se llevaba a cabo por el hecho de ser hermafrodita, sino por el hecho de utilizar el sexo al que había renunciado obligado por la norma social y jurídica de la época. Debía vestirse y comportarse según el sexo elegido. De lo contrario era condenado por sodomía. En 1601 Marin Lemarcis fue denunciado como hermafrodita, y al ser revisado por los médicos, éstos llegaron a la conclusión de que no había signos de virilidad y por esto fue condenado a la horca, la hoguera y lanzamiento de sus cenizas, al mismo tiempo que su mujer, ya que era casado, fue condenada a mirar el sufrimiento de su esposo y a recibir azotes públicamente. Pero por ser pena capital hubo una apelación, en donde otro médico no estuvo de acuerdo con el diagnóstico, ya que reconoció algunos signos de la virilidad negada y se cambió la condena por la separación definitiva de su mujer y la prohibición de vivir con cualquier otra persona de cualquiera de los dos sexos.

Podemos notar que esta construcción social de monstruo, unido ya con el comportamiento sexual, está relacionado con la idea de estigma y preferencia sexual, que Foucault abordará relacionando la figura del monstruo con la del onanista y el individuo a corregir.

La última autora de la que voy a hablar es Susan Sontag, quien analiza las metáforas construidas en torno a la enfermedad y al SIDA. Para ella el enfermo debe ocuparse tan sólo de lo provocado por la enfermedad y no por las ideas construidas socialmente acerca de la misma. Ella cree que la ignorancia respecto de los padecimientos genera la construcción de metáforas que explican la enfermedad y la significan socialmente. "Cualquier enfermedad importante cuyos orígenes sean oscuros y su tratamiento ineficaz tiende a hundirse en significados."³

³ Sontag, Susan, *La enfermedad y sus metáforas*. Editorial Punto de lectura. Edición 2da, España, 2005, p. 84.

Hace referencia a la peste, concebida como *la peor de las calamidades colectivas, el mal, el flagelo*, esto no sólo durante los siglos XVI y XVII, sino también en la actualidad, ya que la palabra peste se utiliza para referirse a otras enfermedades como el cáncer y el SIDA (*peste rosa*). El cáncer, en términos generales, se concibe históricamente como una enfermedad vergonzosa, dolorosa y una inevitable condena de muerte. El cáncer es la enfermedad de "Lo otro", la enfermedad de la invasión y de la mutación. Los imaginarios en torno al cáncer se relacionan con el psicologismo desarrollado en el siglo XX por Wilhelm Reich. Él sostenía que la represión sexual estaba en relación con la etiología del cáncer. El enfermo estaba predestinado por su forma de ser a padecer de esta enfermedad ya que reprimía sus emociones y con ello provocaba "un encogimiento bioenergético, una pérdida de esperanzas."⁴

En cuanto al SIDA, la autora reflexiona acerca de la importancia de la religión como gran constructora y promotora de imaginarios. La idea de enfermedad como castigo dentro de la tradición judeocristiana conlleva la creencia de la enfermedad como algo merecido. La idea de que el SIDA fue enviado por Dios como un castigo divino por los abusos de los perversos influyó en gran parte de las sociedades traspasando incluso a los círculos médicos y por ende influyendo en el trato que recibían y reciben los enfermos en los sistemas hospitalarios.

La culpabilidad del SIDA gira en torno a su relación con la sexualidad. El sexo para muchas sociedades es visto como tabú. Las conductas sexuales son juzgadas de acuerdo con un patrón de normalidad. El hecho de que al principio el SIDA afectara a los homosexuales hizo que la enfermedad se concibiera como el cáncer gay o la peste rosa. La aparición del SIDA provocó que los prejuicios resurgieran y se incrementaran, sobre todo en algunos grupos religiosos. Los epidemiólogos estadounidenses llamaron a los grupos de riesgo "el club de las cuatro H": homosexuales, heroinómanos, haitianos y hemofílicos, algunos ponían incluso la palabra *hookers* (prostitutas).

El SIDA es una enfermedad que se convirtió en estigma. Por lo general, a diferencia de otras enfermedades, no despierta la compasión o comprensión de los sanos, sino que provoca el desprecio y la marginación social. Comúnmente el SIDA se ve como la enfermedad del otro, como un castigo que ataca a los que se portan mal. Los únicos que se conciben como inocentes ante este mal son los que se contagiaron por una transfusión o los niños que han sido infectados por sus madres o las esposas de los hombres que traen la enfermedad a casa. Pero aún así son estigmatizados como sidosos y se ven como un riesgo social, son considerados peligrosos, promiscuos, raros.

4 _____ *Op. Cit.*, p. 38.

El SIDA es una enfermedad que se ha entendido como amenaza extranjera, viene de fuera. Siempre es traída de lugares desconocidos, inhóspitos. La idea de que el SIDA viene de África ha generado el supuesto de que la *población negra* tiene mayor incidencia y es causante de gran parte de las infecciones. Este imaginario está en relación con estereotipos acerca del *primitivismo* del continente y de la *raza negra*.

Muchos de estos imaginarios, además de estar basados en el estigma, también lo están en el miedo y la ansiedad que despierta una enfermedad como el SIDA, cuestión provocada por la falta de información o la mala calidad de la misma, pero, indiscutiblemente, las diferentes formas de significar el SIDA y lo que se dice de éste, sale de lo más profundo de las sociedades, de su historia, de su inventiva, de su forma particular de reinterpretar el mundo, de darle significado a los suyos y a los otros, a los cuerpos, a la vida y a la muerte. Es por eso que, para acercarse al problema de la enfermedad en general y del SIDA en particular, se debe hacer un análisis profundo de las ideas de las sociedades, de la imaginación y la inventiva de las mismas.

JH



Ana Paulina Gutiérrez (Ciudad de México, 1978). Vive en Calderitas. Cursa la maestría en ciencias sociales aplicadas a los estudios regionales en la Universidad de Quintana Roo. Correo electrónico: alina_gutierrez78@yahoo.com.mx.